

Carmen L. Montañez, *Pelo bueno, pelo malo*, Puerto Rico, Editorial Terranova, 2006.

En la literatura puertorriqueña actual, la novela ha constituido un género de gran poder reivindicativo para los sujetos marginados. A partir de la década de los ochenta, la mayoría de las escritoras puertorriqueñas se han apropiado de la narrativa con la intención de renovar las construcciones culturales de la identidad femenina. Una prerrogativa similar asume la profesora de literatura hispanoamericana y cultura de Indiana State University, Carmen Montañez, al estrenarse como novelista. En su primer proyecto literario ha explorado las posibilidades del cuento en una colección titulada *De El Fanguito a la loza* (2001), y ahora con *Pelo bueno, pelo malo* nos brinda una breve y apasionante historia sobre las transformaciones culturales, históricas y económicas de la sociedad puertorriqueña, articulada desde la perspectiva de la otredad femenina y racial.

A pesar de que el título alude al desdoblamiento del ser determinado racialmente por la textura del pelo, la autora no se vale de la problemática del prejuicio para hacer denuncias ofensivas ni defensivas contra la opresión. Todo lo contrario, la delicadeza con la que se construye el relato nos permite sentir el efecto de las heridas y las inseguridades que ese terrible mal social provoca en la vida de Amarilis, la protagonista de la historia, como las injusticias compartidas de la condición humana. Sin embargo, las reaperturas de las cicatrices del pasado no van dirigidas a la victimización, ya que el lenguaje evade profundizar en ese lado oscuro y siniestro del discurso de la opresión. Es decir, la representación de la mujer negra no se define a través de los “atributos destructivos” del lenguaje. Tampoco se confirma ese rasgo catastrófico del lenguaje, que según la crítica Françoise Lionnet, crea una “geografía del dolor” entre las escritoras africanas, afroamericanas y caribeñas.

En *Pelo bueno, pelo malo* la autora muestra un esfuerzo deliberado por tomar control de la representación de la mujer negra y mulata. En ese sentido, el lenguaje moviliza la identidad cultural asignada en la narrativa del pasado hacia una renovación de la imagen racial en el presente. En esta instancia narrativa, la imagen de la negra y la mulata se separa del elemento folclórico de la negritud centrado en lo mítico africano, la hipersexualidad y el exotismo para encauzar su representación hacia nuevos significados. Esa transformación depende de la recuperación de las palabras que han hablado del dolor de la experiencia afropuertorriqueña y convertirlas en las palabras para enunciar el placer. A ese goce de la palabra, estamos convocados los lectores mediante varias técnicas narrativas. Por un lado, los interlocutores silenciados durante las llamadas telefónicas nos hacen reconstruir vacíos discursivos de conversaciones cotidianas. Y por otro lado, el elemento del humor subsana la crudeza

del lenguaje ofensivo y reprime una visión trágica de la realidad racial.

Desde el comienzo vemos como Amarilis se encamina hacia su emancipación. La trama se inicia en el momento en que la protagonista le comunica a su madre la decisión de independizarse. A partir de esa ruptura con la tradición familiar ella entra en un proceso de autodescubrimiento, mediante el cual se van develando temas como los conflictos generacionales, los silencios de la historia, la opresión laboral, la violencia contra la mujer y el racismo, entre otros. El relato no se limita a la introspección del yo individual, más bien sirve para mediar las historias de otras mujeres que se hermanan a su lucha por la libertad. En el entrecruzamiento de voces conocemos a su madre Amalia, su mejor amiga Janina, y desde el pasado intervienen mujeres milenarias que han sido víctimas de las circunstancias de la historia. Así entonces en el mundo de los sueños se reconstruye el pasado fragmentado de la historia de las mujeres puertorriqueñas. Resurgen de las voces silenciadas de la nitaína aborigen; Fatu, la africana yoruba; y la española que se ve obligada a acompañar a su esposo en la aventura de la colonización. Juntas comparten la alienación dentro de la sociedad colonial, y en el presente su legado organiza la memoria histórica de Amarilis. Ahora bien, la búsqueda de los antepasados no pretende mitificar una etapa anterior de la historia. Aquí el rescate de la memoria se torna en la reescritura de una historia cruda y violenta que busca erradicar los prejuicios culturales y sociales heredados. Ese desplazamiento temporal de la narrativa aclara las incertidumbres sobre la identidad que carga la protagonista. Asimismo la metáfora del cuerpo racial inscrito en el discurso de la marginalidad, censurado por el patriarcado, la iglesia y la cultura dominante, logra posicionarse en el centro de su propio discurso.

Por eso, cuando Amarilis ya ha recreado una imagen positiva de su propio ser no pierde la confianza ante el fracaso amoroso. A pesar de que su recién iniciada relación con Omar da visos prometedores gracias al poder del esoterismo. Todos los rituales recuperados del Internet, el balance espiritual de la decoración *feng-shui*, los rezos al orden divino, las velas de colores invocando a las fuerzas mayores, quedan destruidos irónicamente por la mezquindad de los prejuicios humanos. Amarilis reflexiona sobre su desilusión de esta manera:

Me duele. Sí me duele, porque pensé que me había topado con la persona anhelada [...] con mi hombre ideal [...] creo que él también me vio como una posibilidad, pero sus prejuicios heredados no lo dejarán ser feliz [...] el simple hecho de yo tener pelo rizo le impide su felicidad [...] esa pregunta tan imprudente cambió vertiginosamente nuestra noche [...] fue un golpe rudo y no hay hechizo posible que me pronosticara este simple hecho [...] no hay hechizo que haga ver el pelo liso y rubio [...] ¿Cómo habría cambiado la situación si le hubiera dicho que no, que no me aliso el pelo, que no lo necesito? [...] Pero lo mejor es liberar la verdad [...] tanto para él como para mí. (125-126)

A este punto entendemos claramente hacia dónde ha ido dirigida la toma

de conciencia que Amarilis ha llevado a cabo a lo largo del relato. Si bien ella conoce las consecuencias del temor a la raza como parte de la historia del matrimonio de su madre y su padre, cuando la abuela materna le advertía a su madre que iba a terminar peinando grifería si se casaba con el padre de Amarilis. Ella, a través del reconocimiento de su nuevo ser, no está dispuesta a cargar con esa vejación. Esa fuerza opresiva no puede ser parte de su futuro, aunque implique afrontar la soltería por el resto de su vida. Con esta decisión, ella pone punto final a una de las mayores inseguridades que han determinado su existencia. Pero, de todos modos, siente la necesidad de asistir a misa y confesarse debido al remordimiento que carga después de rechazar a Omar para siempre. Cuando se encuentra con el cura en el confesionario trata de explicar el pecado que la tortura: le había deseado la muerte a Omar y a su madre, ya que la progenitora le tenía advertido a su hijo las complicaciones que podría traer a la familia si se casaba con una mujer que “atrasara la raza”. Es justamente al tratar de explicar este sentimiento de culpa cuando Amarilis se da cuenta de que ha recurrido a una doctrina incapaz de explicar sus sentimientos, y que después de todo, su acción es el gesto simbólico de su libertad psicológica.

En ese sentido, con la novela de Carmen Montañez nos aventuramos a un mundo de nuevas posibilidades, donde la relación hombre-mujer no determina el futuro de la protagonista. Además el uso de los elementos mágico-realistas para enmendar la representación de la mujer negra acerca su narrativa a las caracterizaciones liberadoras de Mayra Santos Febres en los cuentos “Marina y su olor” y “Hebra rota”. Al igual que en los relatos de Santos Febres, la reapropiación del discurso marginal se da precisamente en el posicionamiento de un centro desde el cual se rebate la exclusión pero a la misma vez se asume la igualdad. Así pues, la innovación del proyecto literario de Montañez reside en los nuevos matices que logra reelaborar en la representación de la mujer negra y mulata en la literatura. Un esfuerzo que las letras puertorriqueñas han constatado a través de la escritura de Luis Rafael Sánchez, Ana Lydia Vega, Rosario Ferré y Magali García Ramis. No obstante, la naturalidad del estilo de la autora de *Pelo bueno, pelo malo* mantiene correspondencias con las ejecutorias artísticas de Laura Esquivel, Jamaica Kincaid, Edwidge Danticat y Beatriz Berrocal. Es decir, Carmen Montañez se inserta en el espacio literario de las escritoras latinoamericanas y caribeñas como una voz necesaria.

Zaira O. Rivera Casellas
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras